

La Revista Nacional de Arquitectura, órgano del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España —representación genuina de todos los arquitectos españoles— debe ser el reflejo de su esfuerzo individual y colectivo y del sentir que les impulsa a sus creaciones de arquitectura.

No son las teorías filosóficas sobre estética manejadas por eruditos —por muy loables que éstas sean— las que crean las concepciones arquitectónicas, sino las realidades tangibles, en nuestro caso, de cemento, de piedra y de ladrillo, las que plasman ese sentimiento interno que consciente o inconscientemente expresa el artista.

Las realidades es lo único que puede servir de base a una crítica constructiva y está en el espíritu de la Redacción de esta Revista provocar la polémica de la que surja la necesaria luz que oriente a los arquitectos en sus particulares tendencias.

Interesan, pues, todas las opiniones sobre cualquiera de los problemas arquitectónicos actuales, y a todos se invita a exponerlas, para que, conocidas, ayuden a enfocar dichos problemas hacia tendencias y soluciones nuevas.

Con ello tratamos de crear un nuevo y positivo interés, y nuestro esfuerzo no habrá sido inútil si nos encamina a producir más moderna y mejor arquitectura.

LO CLASICO Y LO ESPAÑOL

Miguel Fisac, Arquitecto

La Arquitectura española ha conseguido una unidad total o casi total de criterio. Esto es alcanzar un jalón importante; pero también es cierto—no diremos que innegable, porque algunos no querrán reconocerlo—que el camino por el que hoy marcha nuestra Arquitectura no va a ninguna parte. Y antes de tirar por medio del barbecho sería conveniente analizar las causas que han producido este resultado.

Afortunadamente, hay que subrayar que no hemos llegado a esta situación como consecuencia de seguir una determinada teoría estética sin sentido práctico y divorciada de la realidad. Los españoles, y muy especialmente los de esta generación, estamos curados de teorías, y más aún aquellos que tenemos alguna tarea concreta que realizar. Y, sin embargo, esta unidad de criterio arquitectónico a que hemos llegado ha tenido que tener algunos principios filosóficos o prácti-

cos en qué fundarse. Poco más o menos han sido éstos. En primer lugar, que lo clásico es lo permanente, lo que está por encima de los vaivenes del capricho y de la moda. Y este otro, más bien propósito que principio: hay que hacer arquitectura española.

Y sucede que al repetir esto, que más que decirlo lo hemos sentido todos, vemos que sigue vigente, que nos sigue pareciendo bien. ¿Pues cómo siendo así, sus frutos, los resultados, no nos gustan? La contestación es muy fácil. Si cogemos esta obra, y aquélla, y la otra, y las analizamos, preguntándonos ¿dónde está en esta obra el sentido clásico?, vemos que no está en la proporción de sus masas ni en la de sus volúmenes, tampoco en la eurytmia de su composición, ni en la proporción y disposición de huecos y macizos, ni en las conjugaciones de luces, sombras y claroscuros. Entonces ¿dónde está lo clásico en estas obras? Y vemos con tristeza que está

—que quiere estar—en esas pilastras, y cornisas, y frontones rotos o sin romper, en esas bolas y en esos pináculos; en fin, en todo aquello que se ha *pegado* allí, venga o no a cuento. Y es natural, nos falló el principio; pero no porque sea falso, sino porque el *frontoncito*, las *pilastritas*, el entablamento o la cornisa no es lo *permanente*, es lo circunstancial, que perduró a través de algunos vaivenes clasicistas de la Historia menos de lo que nos figuramos, y, desde luego, con menos esclavitud a recetas dadas que ahora. Pero estas exterioridades de lo clásico no pueden perdurar si se quiere hacer una arquitectura de hoy, porque son demasiado profundos los cambios materiales y espirituales que han ocurrido en nuestro tiempo para que esto suceda. Lo clásico, lo permanente, ese perfecto equilibrio entre la idea y la forma, lo que sobrevive a los gustos y a las modas, no está fracasado; está inédito, esperando que alguien se decida a tenerlo en cuenta.

Vamos a lo segundo. Queremos hacer una arquitectura española. ¿Qué es la Arquitectura española? No voy a intentar definirla, ni creo, por otra parte, que sea algo tan concreto que quepa en una definición. Si tiene algo de común denominador puede ser esa reiteración de enfoque de problemas análogos a lo largo de nuestra Historia. Algo, en fin, que no se puede definir con un edificio. ¿Por qué, sugestionados tal vez por

su masa, han coincidido tantos en pensar que la arquitectura española es El Escorial?

No voy yo a negar que El Escorial es una obra maravillosa, que expresa admirablemente un momento de los más gloriosos de la Historia de España, y todo lo demás que digan y piensen sus admiradores; yo también lo soy, pero reconozco, sin pesar, que El Escorial es el abrazo de dos extranjeros en España: Italia y los Países Bajos. Esa fachada Norte, por ejemplo, con sus tejados puntiagudos, empizarrados, y sus chimeneas gotizantes, sigue siendo, quiérase o no, exótica. Tomar El Escorial como único modelo, tratar de copiarlo o inspirarse en él para resolver los cien mil pequeños problemas arquitectónicos que nos depara la dura realidad de hoy, es tan ridículo como que en un ejército moderno todos los soldados quisieran ser Napoleón. Lo español y su manera de ver y sentir lo clásico está en toda la arquitectura española. No en este edificio o en aquél, sino en muchos; en el alma de los de Santillana y de los de Ronda, de los de Albarracín y de los de Lerma. Pero no está allí fuera; no es el escudo, ni la ventana de esquina, ni la ménsula; no está en un escaparate, para que nosotros la cojamos cómodamente con nuestra «Leica» al pasar en coche. Está más dentro; no se entrega tan fácilmente. Exige de nosotros trabajo y entusiasmo, amor por la Arquitectura, que es algo que quizá no nos sobra.

